LO QUE SE SACO MANOLIN'

(Cuento de Navidad.)

Manolín Paz era el hombre más feliz del universo. Bonito como una mujer bonita, rico como un Rostchild y bruto como una ostra, reunía Monolín Paz todas las circunstancias para ser la envidia de cualquier individuo con seso. Con decirles que era bonito, rico y bruto, queda dicho que las mujeres se lo rifaban, y claro, Manolito se hacía rogar y seleccionaba. . . Para él era una merluza cualquier mujer que á los demás mortales nos hubiera resultado una Fornarina, pongo por caso.

Los amigos lo envidiaban francamente y para desquitarse le tomaban el pelo de lo lindo, lo peloteaban, se burlaban cruelmente de él, que no se daba cuenta de nada nunca, porque era tan estúpido Manolín Paz que no había podido ser ni sportman, que es el grado que alcanzan todos los brutos de última hora. Y él seguía por la vida, imperturbable, haciendo papeles ridículos á todas horas, muy entallado, muy perfumado, muy empolvado, malgastando un dinero que nunca se acababa, porque era inagotable la riqueza que sus padres y tíos testaron en su favor.

Pero como nadie es completamente feliz, Manolín Paz tenía una preocupación, una honda preocupación que no le dejaba vivir, que le amargaba la vida gota á gota, minuto á minuto.

El nunca se había sacado nada en ninguna rifa, ni en ninguna lotería. .. Y era lo que Manolín se preguntaba: Por qué no me saco nada nunca?.. . Y los amigos le decían:

—Pero tonto, no ves que siendo afortunado en amores tienes que ser desgraciado en asuntos de juego?. . .

Pero cá; aquello no lo convencía, y aquella terquedad de su mala suerte tenía que ser domada por él. Y apostó con sus amigos á

que él se sacaría algo en la próxima Navidad. . .Vaya si se sacaría algo. Aunque se arruinara y tuviera que gastar una millonada él tenía que sacarse algo, algo, aunque fuera un mal reloj de una caja de sorpresas.

Y los amigos se pusieron de acuerdo para hacerle una mala pasada. Le dijeron que en determinada calle existía una mujer, gran adivinadora, mitad sibila, mitad bruja, pero infalible en sus conclusiones. Había que probar, había que ir donde la nigromántica aunque fuera por curiosidad. Y el más serio de la Peña se encargó de llevarlo.

Fué una tarde, casi ya al anochecer, cuando se pusieron en camino hacia la casa de la tía.

—Y tú crees, preguntaba nerviosamente Manolín, tú crees que esa mujer sepa algo extraordinario?

—Hombre claro, figúrate que una vecina mía, casada, deseaba tener un chiquillo y tenía diez años de andar de médico en médico sin ningún resultado. Le avisaron de la bruja ésta, fué donde ella, le hizo una cruz en la barriga, y saz. . . á los siete meses un par de mellizos.

—Córcholis. . .De modo que si me hace a mí una cruz. ..

—También tienes otro par de mellizos. ..

—No, hombre; que si me cambia mi mala suerte?

—Pues claro que sí, chico.

Y así llegaron á la casa de la brígida aquella, bien aleccionada ya.

Al llamar á la puerta salió toda desengreñada, con una cotorra en la mano y una cabra pequeña detrás, atada con una cadena. Manolín quiso escapar, pero el amigo lo detuvo. No temas, porque entonces todo se perderá. Y entraron.

Era una habitación al parecer grande, anegada en sombras. La luz de una lámpara roja ponía un filo sangriento sobre las personas, apenas dibujándolas en la oscuridad. La vieja se acercó, arrastrando unos grandes zuecos.

Venid, joven, venid, dijo dirigiéndose á Manolín. Quiero

examinaros la mano.

Manolín se acercó temeroso y asqueando, y le tendió la mano á la vieja. Ella la examinó largo rato, mientras murmuraba palabras extrañas y de pronto dijo:

—Oh, usted es guapo, qué guapo. Y rico, Dios Santo, qué rico...Su padre , su madre, sus tíos, sus abuelos, todos, todos murieron. . . Qué rico es usted, pero qué rico, qué millonada. . . Las mujeres se desmayan por usted. . .Una, dos, tres, diez, quince. . . Cómo lo quieren. . . Una rubia guapa, muy guapa. . . Una morena que da el opio. . . Una, dos, tres, la pata, usted tiene mala pata. . . esta raya. . . No veo ya. . . ya no veo, se borró. . .

Y la vieja dobló la cabeza sobre el pecho, mientas, Manolín, aterrado, buscó á su amigo que á lo lejos, en la sombra se había metido un pañuelo en la boca para no reir y dañar la comedia tan bien comenzada por la alcahueta.

—Has oído, has oído. Qué extraño. . . qué extraño. . todo. . . todo . . . Como si lo viera. . .

La vieja habló: Tiene usted una mala suerte que lo mortifica mucho.

Una raya, una sola rayita, se la da . . . Qué desgracia. . . qué desgracia. . . Y la vieja se quedó pensativa, con la frente apoyada en las manos.

—Oiga usted, señora, dijo Manolín y no se podría borrar esa rayita de la mala suerte?

—Es difícil, muy difícil y muy caro, muy caro, dijo la vieja suspirando. . .

—Pero se puede?

—Es difícil. . .caro. . .muy caro.

—No importa, no importa. Pida usted y bórremela. . . Pida lo que quiera, pero quítemela. . .

—Bien he de estudiar. . . Vuelva usted mañana. Pero ha de venir solo: Los fluídos extraños perjudican.

Y salieron los dos amigos muy satisfechos y contentos cada uno

con satisfacción distinta.

Al siguiente día cuando por la noche llegó Manolín al Café donde se reunían, los ojos le brillaban de contento y de satisfacción.

—Qué tal preguntaron en coro todos. . .

—Arreglado, contestó radiante.

—Bravo, hombre, bravo. . .Antes te hubiéramos llevado.

—Y qué te ha hecho, qué te ha dicho?. . .

—Pues me ha asegurado que en Navidad me sacaré algo. . .

—Diablos. . .

—Pues si ella lo aseguró, puedes creerlo.

—Y cuanto te ha costado la broma.

—Oh, nada: dos mil pesetas. . .

—Phsch. . .

Manolín Paz no cesaba de comprar billetes de loterías y de rifas.

La apuntación más miserable y más insignificante quedaba entre su cartera. Era una colección enorme la que tenía en su casa. Había invertido un capital en billetes, pero, que importaba si al fin se iba á sacar algo y se acabaría esa mortificación suya?. . . Y de que se sacaba, se sacaba, porque la bruja lo había dicho muy claramente.

Y llegó el día 22 con todo su séquito de sorteos y juegos. Las gentes andaban por las calles en espera de noticias, con lápices y papeles para llevar apuntes en forma. Al fin en las pizarras comenzaron á aparecer los primeros números de la lotería de Navidad. Manolín tenía en la mano su lista, una enorme lista de rifas y sorteos combiandos con la Lotería. Y salían los números unos detrás de otros pasaban las horas y nada; á Manolín no le tocaba nada. Por fín aparecio el Gordo y, maldición nada; Manolín no se había sacado el Gordo. Se marchó nervioso, irritado, pero un cuarto de hora después regresaba, pendiente del teléfono que comunicaba el sorteo. Una hora más tarde apareció el numero premiado con el

tercero, y nada. . . Tampoco era ese para Manolín. . . Pero bueno, aún faltaba el segundo. Indudablenente era el segundo el que se sacaría él. . . Y subió inquieto al Café donde se reunía con los amigos porque era hora del Vermouth.

Al verlo llegar los amigos rieron burlonamente.

—Qué hay, que te has sacado?. . .

—Nada, hombre, nada. Ya he perdido las esperanzas.

—Por qué?. . . Ten fe. Ella dijo que te sacarías algo, y algo te sacarás. Ya lo verás. . . Y todos reían de tal modo que Manolín se marchó.

Y bajó de nuevo á interrogar las pizarras de los periódicos. Nada, nada y nada. Pero faltaba el segundo premio y no había que perder esperanza. De pronto hubo un gran murmullo y el número premiado con el segundo salió y no era el de Manolín. Lo vió largamente, lo examinó línea por línea número á número y no era.

Y arrancó nervioso atropellando gentes sin fijarse en nada ni ver nada. Pero qué Diablos me voy á sacar yo, se preguntaba él?. . . Qué Diablos me sacaré. . . Y doblaba nerviosamente la cañita con puño de plata que llevaba en la mano, y entre sus manos nerviosas la caña se doblaba, se retorcía y crujía.

—Pero qué Diablos me voy á sacar, se repetía indignado.

Y de pronto la caña se rompió y Manolín, con su propia mano y con su propio bastón se sacó un ojo.

La vieja no se había equivocado. Manolín se había sacado algo.

LO IMPREVISTO

— Buenas tardes, caballero. He tardado. Perdóneme. El taller. . . Hoy es Sábado y tuvimos tarea. Hubiera querido ser puntual, pero fue imposible. Yo no tuve la culpa. . .Perdóneme haberlo hecho esperar.

Roberto cerró el libro que leía y se quedó atónito, escuchando a la joven. Era una modistilla de unos veinte años fragantes y primaverales, mórbida, escultural, cálida, ondulante, una de esas modistillas de grandes talleres que adquieren la elegancia y la desenvoltura de las altas damas aristocráticas y de las grandes cocotas parisinas, cuyo trato frecuentan a diario.

— Usted se equivoca, señorita, — dijo, sonriendo benévolamente.

— No, yo no me equivoco. No es usted americano?

Y la modistilla sacó de su portamonedas de terciopelo bordado un periódico que tendió al joven.

Roberto leyó: — "Joven americano, simpático, distinguido y rico, desea señorita guapa y bien formada para protegerla. Escribir a lista de correos, billete de cien pesetas número 10,865". Acabada la lectura del anuncio, sonrió con su sonrisa de benevolencia, e iba a hablar, pero la joven le interrumpió.

— Y usted también ha escrito esta carta, y eso no lo puede negar. — Y sacó nuevamente del portamonedas una esquela escrita en fino papel de hilo y se la dio.

"He recibido tu carta. Es preciso que hablemos y que nos conozcamos previamente. La espero esta tarde, a las seis y media, en el Parque. Cenaremos juntos. Me encontrará detrás de la glorieta, cerca del puente del estanque".

Y la joven continuó:

— Usted es americano, simpático y distinguido, y está sentado detrás de la glorieta y cerca del puente del estanque, no es asi?

— Efectivamente, hay algunos puntos de contacto. Pero yo no he puesto ese anuncio, ni he escrito esa carta, — dijo con su imperturbable sonrisa.

— Y cómo se encuentra aquí entonces?

— Vengo todas las tardes a leer. Me gusta la tranquilidad de estos lugares.

— No, no me convence. Usted lo niega todo porque se figuró que yo sería guapa y elegante. . .que sería una señorita distinguida. . . y se ha desengañado. . .— y el rostro de la modistilla se tiñó de grana y sus ojos se llenaron de lágrimas.

Para Roberto Alvarez, poco avezado a conquistas y amoríos, aquella aventura era desagradable porque lo ponía en una situación difícil, cuya salida no adivinaba, no obstante lo cual se resolvió a decir algo.

— Señorita: mi caballerosidad me impide engañarla. Yo no he escrito ni el anuncio ni la carta que usted me ha dado a leer. Si yo hubiera creído que por ese medio había de tener amistad con una chiquilla tan guapa como usted, lo habría hecho; pero no sé. . .no me agradan esas cosas. . .

Ella lo miró con los grandes ojos aterciopelados, llenos de lágrimas que le bañaban el rostro, y dijo:

— Qué vergüenza. . .Usted se pensará que soy una mujer vulgar, una de esas. . . Si supiera usted. . . Es triste, horrible. . .— Y escondió el rostro entre las manos, aristocráticas y pulidas.

Roberto la miró largamente. Era hermosa aquella muchacha que lloraba a su lado y tenía unas divinas manos de marquesa galante, que nunca supo de la mordedura de las agujas, ni del calor de la plancha.

— Yo siento — dijo— haberle dado esa pena; pero si usted quiere, podemos ser amigos. Usted buscaba un protector y yo lo seré, sin que usted adquiera ninguna clase de compromiso conmigo. Y en prueba de que no pienso mal de usted, me permito invitarla a que acepte, hecha por mí, la invitación que le hacían en la carta para cenar esta noche.

— Usted me convida?

— Sí.
— Y no pensará mal de mi?
— Por qué voy a pensar mal de usted? Usted tiene ojos llenos de bondad, y no puede ser mala.

—Gracias. Es usted muy amable. Sois todos los americanos amables.

Hubo un silencio embarazoso de las personas que no saben qué decirse. Roberto sonreía pensativo y ella rompió:

— Qué vergüenza! . . . Las cosas que pensará usted de mí. . .Una mujer de anuncio. . .

— Pienso en la hermosa casualidad que me ha proporcionado el placer de ser su amigo.

— Una casualidad. . .— repitió la joven ensimismada.

— Y qué más da?. . .La casualidad es la gran zurcidora de las vidas.

— ¡Oh, pero yo le conocía a usted mucho!
— Me conocía usted, dice?
— Si, le he visto a usted muchas noches en el Salón Doré. Además, no vive usted en la calle de Louria?

— Efectivamente, vivo allí.
— Yo también vivo por allí y muchas veces, al verle pasar. . .
— Y la modistilla bajó la cabeza avergonzada.

— Que muchas veces qué? Diga usted, no tenga vergüenza.
— Usted va a pensar cosas malas de mi y me despreciará luego. Si usted supiera todo. . .— Y nuevamente los ojos de la joven se humedecieron en llanto, y se apretó contra Roberto como poniéndose bajo su amparo, bajo su perdón.

Roberto tomó una de las aristocráticas manos de la modistilla y la oprimió suavemente.
— Hable usted — dijo— hable usted. No le de pena. Si usted quiere seremos buenos amigos. . .Seremos novios. . .

Ella fijó en Roberto sus grandes ojos soñadores en una larga mirada indefinible, y suspiró.

— Hace tiempo que le conozco — dijo blandamente— Muchas

veces me decía que habría de ser una gran felicidad tener un novio como usted, guapo y elegante, para hacer rabiar a las amigas. En ocasiones fuí tras usted, como un hombre va tras una mujer; pero usted nunca se fijó en mí, y yo, al fin, tuve vergüenza. Cuando leí ese anuncio, el corazón me latió y algo secreto me dijo que usted lo ponía y por eso yo contesté, y por eso he venido aquí. . .

Roberto la oía embelezado y le acariciaba las sienes y las orejas, pequeñitas y sonrosadas.

—Hoy —continuó ella— le ví a usted cuando entraba al Crédit Lyonais. Yo pasaba por la Rambla.

— Si, fui a sacar dinero. Mañana me marcho a París.

— Se va usted mañana?. . .— dijo ella, dolorosamente sorprendida.

— Si, pero apenas por un mes.

— Oh, un mes. . .Y conocerlo hoy. . .Mejor no haberlo conocido así.

— Quieres venir conmigo a París?

— A París . . .— y los ojos de la modistilla se abrieron, atónitos.

— Si, vienes a París, estamos un mes juntos, te divertirás mucho y haces allá tu ropa de invierno.

— Y después que regresemos de París?

— Oh, entonces ya nos querremos mucho y no podremos separarnos.

— ¡Qué bueno es usted!— Y los dos jóvenes se vieron largamente a los ojos, enlazadas las manos.

— Y tu madre?. . .Qué dirá tu madre?. . .

— Ah, cierto. . .— dijo la joven con voz compungida; y después de un rato de meditación sus ojos se iluminaron y tomando entre sus manos una de las de Roberto, exclamó gozosa:

— Ya sé, ya sé: le diré que de la Casa me han encargado de ir a París a buscar las nuevas telas de la temporada y las cosas de la estación, ves?, y mamá se quedará contenta. . .

— Eres pillina tú — dijo él paternalmente.

— Porque te quiero, tontín.

— Bueno, vámonos, que yo tengo que ir a comprar los pasajes.

— No, aún es temprano. Por qué no damos una vuelta por ahí hasta que sean las siete y media? Tomamos un coche y allí iremos solitos, sin que nadie nos mire. — Y la joven lo dijo tan mimosamente que Roberto no pudo resistirse por más tiempo.

— Bien, vamos.

El coche se arrastraba pesadamente con su carga de amor. Los cocheros de las ciudades populosas son grandes psicólogos que adivinan al primer golpe de vista cuando no hay necesidad de reventar el caballo para ganarse un duro. Además, el señorito al subir con su novia le había dicho: "Tire usted por donde quiera", y eso era suficiente para que él comprendiera que debía ir por las calles más oscuras, por las de menos tránsito.

Por las ventanillas de la berlina se colaba un airecillo fresco que ponía crispaciones en el cuerpo. La modistilla se apretaba a Roberto mimosamente, con voluptuosidades de gata, y lo palpaba y lo besuqueaba en una explosión de ternura. Ante lo imprevisto de la aventura y ante la escultural belleza de su compañera, que podía apreciarse bien en aquel reducido y móvil nido de amor, el joven se dejaba querer, entornados los ojos, fingiéndose todo aquello como un sueño hermoso que podía acabarse, romperse, al menor movimiento suyo.

La modistilla lo sacó de su encanto:

— No me quieres — suspiró— no me quieres como yo a tí.
— Si te quiero; pero no sé, no puedo, no quiero hablar. . .
— Dame un beso. . .
Y las bocas de los dos se juntaron en un beso hondo, largo, silencioso.

El coche se detuvo en la Gran Vía, esquina del Paseo de Gracia, y la modistilla descendió de él.
— Bien, nos veremos en la Plaza Real, para cenar en El Suizo o en el Lión D'Or, no?
— Sí, a las nueve estaré allí
— Bueno, yo iré a comprar nuestros pasajes. Adiós.
— Hasta luego.

Y el carruaje partió, camino de las Ramblas, y la modistilla subió a uno de los mil coches del tranvía que hacia distintos puntos de la ciudad pasan por aquel sitio.

Ya solo, Roberto se entregó a dulces pensamienos. Indudablemente, la casualidad era la gran zurcidora de enredos y aventuras. El, que siempre llevó una vida apacible, libre de líos amorosos, que siempre traen disgustos y complicaciones más o menos graves, verse comprometido en una historia tan extraña, tan llena de coincidencias que parecía cosa de novela. Y francamente había para contentarse,

porque Consuelo, la modistilla, tenía un dulce nombre, unos bellísimos ojos, un cuerpo escultural y serpentino y un candor y una ingenuidad infantiles. . . ¡Y tan enamorada que estaba de él, y desde tanto tiempo. . .y él sin saber nada!

En la Compañía Internacional de Vagones el coche se detuvo y Roberto entró.

— Deme dos billetes de primera para París — dijo.

El empleado respectivo lleno dos carnets los selló y los extendió al joven.

— Qué valen?— preguntó Roberto.

Doscientas cuarenta pesetas.

Roberto se llevó la mano al bolsillo interior del chaqué y palideció de ira y de vergüenza.

— Perdóneme, caballero — dijo— Ya volveré por la mañana. Me han robado la cartera.

NOTA BIBLIOGRAFICA:— *Lo Imprevisto* aparece por primera vez en la revista Nuevos Ritos, Año VI, número 128; la revista estaba entonces dirigida por Enrique Geenzier y se editaba en la Imprenta del Diario de Panamá. — Corresponde al 15 de junio de 1913. Páginas 41 a 45.

SANGRE TORERA

Manolillo erguía su cuerpo ágil y serpentino mientras el mozo de estoques le apretaba fuertemente en torno de la femenina cintura la faja de un vivo color de sangre. Ni un músculo alterado, ni un ademán de impaciencia denotaban en él el nerviosismo propio de aquel día trascendental en la historia de su vida torera. Estaba impasible, con aquella serenidad que le había valido tan estruendosas ovaciones y tantas cartas perfumadas. Al frente, arrellanados en dos poltronas, don Pepe y el padre de Manolillo, fumando dos puros, hablaban de cosas viejas, rememorando hechos que quizás ellos solos recordaban.

Era aquella una familia de toreros valientes y pundonorosos, que había dado días de gloria al genuino arte español. Don Pepe había sido picador de Frascuelo, y don Rafael, el padre de Manolillo, fue banderillero de confianza del Califa, el más grande de todos los Rafaeles.

Hoy, viejos y solos, recordaban aquellos tiempos en que los toreros tenían menos pretensiones y más vergüenza.

De vez en vez, don Rafael miraba a su hijo, y una sonrisa de satisfacción le llenaba la boca y le encendía los ojos. Indudablemente, su hijo llegaría porque tenía lo principal: valor y serenidad; además, el chavalillo sabía pa qué servía el capote y lo que hay que hacer con la muleta y con el estoque.

— Te aseguro, Rafaé, que los óleos y la alternativa no los he tomao nunca, pero yo no estaría tan tranquilo como está er nene éste.

—En después de too, qué?. . .Lo mismo da toreá Veraguas que miuras de seis años. . .A la hora de diñala. . .

— Si no es por los toros, hombre, es por el público, por la ceremonia.

— Y es que te has pensao que er chico se va a casá?. . .

— Lo que estoy pensando es que ahora que me he ido de los toros es que me he venío a tomá asco. . .

— Pues yo no, ya ves; si tuviera piernas entoavía, me verías liame con los toros a pescozones, como antes.

— Y el primer día te llevaban ar cementerio.

— Créeme, Pepe: er que se va a morí, se muere. Te acuerdas de Nini, que no quiso matá aquer toro tuerto de don Eduardo, y que por eso se lo llevaron a la Cárcel y que estando en la cárcel se puso a fumá un puro y se le atragantó er humo y se murió?. . .Pus, bueno, era que se tenía que morí aquer día, créeme.

— Pus si no hubiera fumao er puro. . .

— Entonces le da la difteria o er cólera y se hubiera muerto de toos modos.

— Qué hora tiene usted, padre? — interrumpió Manolillo, que llegó montera en mano, completamente vestido.

— Las cuatro menos veinte minutos. . .Tienes tiempo.

— No; me voy de una vez, porque quiero ir a buscar a don Vicente al hotel.

— Entonces, pues, andando.

Y el joven, que debía doctorarse en tauromaquia aquella tarde, salió seguido de los dos viejos toreros encanecidos.

— En la puerta de la calle se despidieron.

— Hasta luego, pues. En er patio nos veremos antes del paseo.

— Adiós.

La plaza estaba deslumbrante en aquella hermosa tarde de julio.

La alegría y la transparencia cristalina de aquel cielo andaluz parecía haberse comunicado a los espíritus, y por todas partes se veían caras risueñas, y se oían carcajadas y gritos que se mezclaban con el vocear de los vendedores de dulces y manzanilla. Ni una localidad vacía, ni un hueco en los tendidos, como si todo Sevilla se hubiera dado cita para presenciar la alternativa de Manolillo, el torero más gitano, más elegante y de más coraje que había dado la tierra de María Santísima. El reloj marcó las cuatro y millares de pitos y cencerros recordaron al Presidente que había llegado la hora. La autoridad salió al palco y agitó en el aire el tradicional pañuelo. A los sones de una alegre marcha, la deslumbrante cuadrilla apareció en el ruedo. Manolillo iba más sereno, más guapo, más elegante que nunca, luciendo un riquísimo traje azul y oro. A su lado, la figura desgarbada del enorme Vicente Pastor se gravaba, dolorosamente antiestética. Y la gente aplaudía, frenética al ver juntos, por primera vez, al

colosal matador madrileño con el finísimo y valiente torero del Barrio de Triana.

Al saludar ante la Presidencia, la cuadrilla se deshizo y los matadores fueron obligados a dar la vuelta al ruedo, en medio de una ovación delirante. La calma se hizo cuando sonó el clarín y apareció en la arena, como una tempestad, el primer miura de la tarde.

De salida se arrancó al primero de tanda y le hirió el caballo en la mitad del pecho. La sangre brotó tumultuosamente como si se rompiese un tonel, y el caballo, después de tambalearse como ebrio, cayó inmóvil, muerto. Siguió sobre el segundo y, con una feroz acometida, lanzó caballo y picador dentro del callejón, con una voltereta inverosímil. Las gentes aplaudían la bravura de aquel hermoso ejemplar de don Eduardo, y en medio de la ovación y tras un capotazo para fijar el toro, Manolillo se arrodilló, aguantó valientemente, y en una bellísima larga cambiada, sacó el hermoso bruto, loco, hambriento, detrás de los pliegues de su maravilloso capote. La ovación recrudeció y en medio de un ruido ensordecedor, el bravo muchacho se levantó y dibujó una serie de verónicas, navarras, lances de frente, por detrás, ceñido, estirando los brazos sin mover los pies, cuadrado en un palmo de terreno, volviendo sólo la cara sonriente y la serpentina cintura, y terminó con un recorte, echado el capote hacia atrás y presentando, en un arranque lleno de coraje su cuerpo desnudo al toro que había quedado deshecho, asombrado, jadeante... La ovación fue enorme. No se recordaba haber visto nunca rada igual en arte, en elegancia, en valentía; y los puros y las flores llovían desde los tendidos, borrachos de luz, de sangre, de miedo, de alegría.

Y se pasó a varas. El segundo tercio fue emocionante. El toro era potente y certero, y a cada acometida dejaba en tierra un jaco listo para el arrastre. Vicente y Manolillo se lucían en quites porque el miura era noble a más no poder y acudía siempre a los capotes, yéndose entre los vuelos del percal como hipnotizado por la viveza de los colores.

Se pasó a banderillas sin ningún incidente y vino la hora suprema. Vicente empuñó muleta y estoques, saludó a la Presidencia, y llevando a Manolillo hasta el centro de la plaza, montera en mano, después de las faenas de rúbrica, le entregó los trastos que le daban el codiciado título. La gente aplaudió frenéticamente, y Manolillo fuese en busca de su enemigo.

Llegó con serenidad y se cuadró delante del toro, llevando muleta y estoque preparados para un pase ayudado, pero el toro no se arrancó. Tras una oportuna vuelta que hizo dar al cornúpedo

un peón, enmendó y tomó la muleta en la derecha para dar un pase natural. El toro no se arrancó. Tras una oportuna vuelta que hizo dar al cornúpedo un peón, enmendó y tomó la muleta en la derecha para dar un pase natural. El toro se arrancó y la muleta barrió el lomo del animal. Manolillo se confió, entonces, y la faena de la muleta fue magistral, llena de valentía y de arte, hasta que el muchacho, perfilándose, entró derecho, cruzando a maravilla, y dejó media estocada lagartijera colocada en las propias agujas. El toro dió una vuelta, quedóse inmóvil, mirando a su enemigo, y repentinamente cayó al suelo, muerto.

Blusas, gorras, abanicos y flores llenaron la arena y el arrastre se hizo sin intervención del puntillero, porque Manolillo le había partido el corazón al toro.

Salió el segundo de los miuras, grande, astifino, color jabonero. Vicente quiso torearlo y tras la primera verónica el toro se fue suelto. Intervinieron los peones para fijar el bruto, pero el toro no hacía caso de capotes y se arrancaba caprichosamente hacia cualquier punto. Entre una bronca espantosa, el toro recibió dos puyasos y, al fin, el Presidente tuvo que ordenar que el miura fuese fogueado. La tarea se hizo difícil porque el toro desarmaba, y con dos pares de banderillas fue terminado el segundo tercio y se pasó a la suerte suprema.

Vicente Pastor requirió espada y muleta y previo saludo de rúbrica fue en busca del toro. Un silencio solemne caía de las gradas, llenas de gentes angustiadas con el presagio de la tragedia. El toro se defendía, arrimado a los tableros, en la querencia de un caballo muerto.

Hasta allá fue el bravo madrileño, serenamente, tranquilamente, con esa impasibilidad de excelso y divino Pastor, y abrió la muleta ante la cabeza del toro, a un metro de los pitones, clavado en la tierra como una estatua.

El toro arrancó de pronto, y al verse burlado tornó de nuevo a su querencia. Vicente, entonces, comenzó una serie de hábiles y valientes pases de latiguillo y sacó al toro de las tablas, entre una delirante ovación hecha a su valor y su talento. Ya en los medios, abrió las muletas para dar un pase natural con la mano izquierda, pero el toro se colocó horriblemente, atropellando al torero y llevándose los alamares de la chaquetilla y la pechera de la camisa, y volvió a su sitio de defensa. Pastor se llenó entonces de coraje. En el grave silencio de aquel momento supremo podía oirse el jadear de su respiración y el resoplar del toro sediento de hacer presa. Le dió unos

cuantos talonazos en que se adivinaba la rabia que poseía y se perfiló de matar; pero la fiera se arrancó, saliendo con la espada en los cuernos y arrojándolo lejos. Un grito inmenso, de espanto, llenó la plaza; los peones intervinieron con sus capotes y lleváronse el toro, que Manolillo le había quitado a Vicente con un gran quite.

Pastor se incorporó, quiso tomar de nuevo espada y muleta, pero Manolillo y los peones se opusieron y fue llevado a la enfermería. El joven doctorado tenía, pues, que demostrar qe era digno del honor que acababa de serle concedido, y tirando majamente el capote, requirió espada y muleta y se fue al toro.

Al abrir la muleta, el toro se arrancó desparramado y se fue tras de un banderillero que se echó de cabeza al callejón.

El pánico reinaba en el ruedo y todo era confusión. Sólo había dos hombres serenos: Manolillo, en medio de la arena, y don Rafael, su padre, en el tendido, siguiendo todas las peripecias de la lid.

El muchacho buscó nuevamente a su enemigo y, confiándose indeciblemente, con una tranquilidad pasmosa, abrió la muleta y provocó al toro, golpeando en la arena con el pie. El animal se arrancó de nuevo y alcanzó al torero, zarandeándolo en el aire horriblemente y tirándolo en tierra, lejos, Manolillo se puso de pies, sin verse la pechera rota y ensangrentada, recogió los trastos rápidamente y buscó al toro.

De las gradas bajaban gritos de espanto y de protesta.

— No lo mates. .. No lo mates. . .— gritaban de todas partes. Señor Presidente. . .—eso no es toro. . . Al corral.

Pero Manolillo no oía y peleaba con el toro, librándose hábilmente de las tarascadas de la fiera que se colocaba en cada pase que intentaba el muchacho.

—¡No lo mates!. . .— insistía la gente.

El vocerío tomó proporciones de bronca, y el Presidente, al fin, agitó el pañuelo, y los clarines sonaron para retirar el toro al corral. Manolillo bajó la frente y dos lágrimas surcaron sus mejillas; pero entonces oyó una voz estentórea y clara que gritó:

— Manolillo: ¡mátalo!. . . ¡Mátalo o que te mate, Manolillo!. ..

El muchacho alzó la cabeza, buscó y se encontró con los ojos de su padre, y una sonrisa de satisfacción, una sonrisa de no verse tan

sólo, le iluminó el rostro, mientras el viejo gritaba, enloquecido:

—¡Máatalo, Manolillo!. . .Máatalo o que te mate!. . .

Manolillo se fue al toro nuevamente y la bronca, que se había apaciguado, recrudeció ensordecedora y amenazante. Era una protesta unánime lanzada al viento por quince mil gargantas roncas de espanto; pero Manolillo estaba impasible, desplegaba la muleta en el hocico ensangrentado del animal. Comenzaron a caer almohadillas y frutas, y en algunos lugares de la plaza se hacían hogueras. El Presidente hizo una señal y los guardianes civiles comenzaron a llenar el callejón. Manolillo miró por última vez a su padre y lo oyó gritar desaforadamente, los brazos en alto y la cana cabeza descubierta:

—¡Máatalo, Manolillo! . . . ¡Máatalo o que te mate! . . .

Y se perfiló y entró a matar resueltamente. Un sólo grito inmenso llenó los aires y por un momento hombre y fiera formaron un grupo confuso ante los ojos aterrados de los espectadores. Por fin, Manolillo cayó en tierra, inmóvil, pálido. El toro vino tras él para recogerlo, pero le faltó la vida y se echó mansamente, para morir al lado de su matador y de su víctima.

Un silencio sombrío cayó sobre los tendidos, mientras las gentes, consternadas, huían de las gradas buscando una salida más rápida que las librara de aquella horrenda vision de sangre, y en lo alto de la asta de la fachada la bandera española tremolaba indiferente sobre el fondo del cielo azul, napolitanamente azul.

—Tú has tenido la culpa, Rafaé. . .Hiciste mal. . .Hiciste mal. . .

Don Rafael se enjugó las lágrimas y soltándose de los brazos de su primo, le gritó:

—Que hice mal, dices?. . .

—Sí, hiciste mal, Rafaé . . .

—No, no hice mal. . .El debía matá al toro o er toro lo debía matá a él. ..Eso manda la vergüenza torera . . .la vergüenza que nosotros conocemos.

—Pero si allí en la plaza no había nadie que supiera de toros.

—Cómo que no había nadie?. . . ¡Estabas tú, estaba él y estaba yo!. . .

NOTA BIBLIOGRAFICA:— *SANGRE Torera* aparece por primera vez en la revista Nuevos Ritos, Año VI, número 138, correspondiente al 15 de Noviembre de 1913.

LA MAJA

— Se puede, señorita?

— Pase usted, Pepita, pase usted.

— ¡Uy. . .qué guapa! Yo que usted no me marcharía a América. Mire usté que con esa cara tan gitana y ese cuerpecito serrano atreverse a pasar el charco cuando aquí no habría de faltarle a usté nada?

— Y no ves que mi madre se ha empeñado en que nos marchemos?

— Es que la señá Rafaela dice que usté es muy tosuda y que el aire de la mar le quitará ese capricho que tiene con el nene de la guantería.

— Y tú crees que se me quitará?

— Ya lo verá usté, señorita, ya lo verá usté. Para acabar amores y borracheras, no hay como el agua del mar, créame usté.

— Ya veremos, Pepita.

— Y a que no se ha figurado usté a lo que he venido, señorita?

— Pues si no lo dices. . .

— El Capitán Alfonso que se ha empeñado en que le traiga esta tarjeta.

— Y no te he dicho que no quiero más bromas con ese pelmazo?

— No le digo a usté que se ha empeñado?

— Pues dile que no puede ser, que no voy a cenar hoy, que tengo mucho dolor de cabeza, y que apenas acabe de cantar, me voy al vapor sin cambiarme de ropa. — Y esto lo dijo La Maja después de haber tirado sobre el tocador la tarjeta del Capitán Alfonso, que le entregara la florista.

— Sí que se va a enfadar el Capitán!

— Es que te ha nombrado a tí su albacea?

Es que está chalao por usté, señorita.

Pues que se bañe.

— Pero oiga usté, señorita: si él dice que sólo quiere hablar con usté diez minutos, para despedirse como Dios lo manda.

— Que no quiero, ea! Y tú haz el favor de marcharte, que tengo poco tiempo que perder.

— No se enfade usté, señorita, que ya me marcho. . .

— .....
— Quede usté con Dios.
— Buena brisa.

La Maja era una muchacha de veinte primaveras como veinte claveles andaluces. En el gran alero de sus pestañas negrísimas muchos corazones quisieron hacer nido, pero la muchacha reía, incrédula y burlona, con aquella locuacidad ingenua y trivial de las mujeres que aún no se han dado cuenta de que es ineludible amar. Su vida, desde los catorce años, se había deslizado sobre los escenarios de los cafés cantantes de todas las ciudades españolas, y la sociedad de gentes cultas y bien nacidas le había dado cierto barniz, cierta distinción que sentaba muy bien a su esbelta, a su clásica y aristocrática belleza castellana. Y con todo el rodar de la chiquilla, nadie pudo jamás vanagloriarse de una concesión suya, porque era ella de esas mujeres incapaces de claudicaciones, en las cuales parece haberse concentrado toda la altivez, todo el orgullo ancestral de la raza. Y así iba por esos trigales de Dios, convertida en una estrella de café, alegrándolo todo con la gloria de sus grandes ojos y con la elástica morbidez de su cintura goyezca y chulesca, porque La Maja era una de esas hembras de tronío que en España alegran los tendidos de las Plazas de Toros, más que una, que diez botas de manzanilla.

La estrella aflojó las cintas del corsé, soltó los broches, desató el precioso calzonario celeste con grandes encajes de la India, sacudió, en un hábil movimiento de mujer acostumbrada a desnudarse, la finísima camisa de seda, llena de indiscretas trencillas, y quedó soberbia, impecable en la corrección maravillosa de su belleza de estatua, cubierta apenas por una malla finísima de seda color rosa que se adhería mimosamente a su carne dura, intocada y perfumada.

Ante la gran luna viselada del espejo, La Maja se miró atentamente y sonrió con una encantadora sonrisa de mujer joven que, frente a sí misma, se reconoce hermosa, y repiqueteando con los altos y finos tacones, levantó los brazos, se empinó en la punta de los pies, pequeños y monísimos, y acabó en una contorsión de serpiente, mientras los ojos le brillaban y los labios se entreabrían en

una gran sonrisa de satisfacción.

Se tendió luego, indolentemente sobre el ancho diván de terciopelo verde obscuro y se tornó pensativa. Las cejas contraídas denotaban que la estrella era presa de honda preocupación. Suspiró y sus ojos se nublaron; pero se quedó abstraída mirando, sin ver, lejos, muy lejos, como si quisiera penetrar con el espíritu los horizontes desconocidos que el azar ponía ante la proa del barco que debía llevarla hacia las remotas costas de América.

De pronto se incorporó y se sentó, como si todos sus nervios hubieran respondido a una fuerte conmoción espiritual, y el rostro que la joven tenía apoyada en la palma de la mano, se le fue dulcificando, hasta que al final una franca sonrisa de paz le entreabrió la boca pequeñita y roja. La crisis había pasado y La Maja se levantó ligera y resuelta, y con movimientos seguros se dirigió a una percha, tomó un riquísimo traje de baile y se lo echó por los hombros. . .

— Se puede, señorita?

— Pase usted, mujer.

— Precisamente tiene usté el traje que el señor Marqués le trajo de Paris.

— Precisamente? Y por qué dices tú " precisamente?", — replicó la estrella, dándose los últimos toques frente al espejo.

— Porque el señor Marqués me envía a decirla que quiere hablar dos palabras con usté al terminar la función.

Las cejas de La Maja se contrajeron nerviosamente. Aquel hombre impertinente venía a desbaratarle todos sus planes tan laboriamente combinados.

— Pero, y no se había marchado el Marqués a París?

— Dice que estando en el tren se arrepintió y prefirió dejar el viaje para mañana, solo por verla a usté hasta el último momento. Ya ve usté si la quiere, señorita.

— Más valiera que no.

— Pero, por qué es usté así, hija? No ve usté que eso es tirar la suerte por la ventana?

— Y a mí qué más me da. . .

— Es verdad. . . Como que está usté enamorada del alma mía ese del almacén de guantes.

— Pues es muy cierto; y es porque me da la gana, sabes? Porque me sale de adentro de las entrañas, estamos?.

— Tiene usté razón, hija. Cada cual tiene su alma en su almario.

— Me alegró, pues, de que estés tan enterada y tan en razón.
— Y qué quiere usté que le diga al señor Marqués?
— Pues que compre un real de caramelos y que se distraiga.
— Pero cómo va a ser que usté no deje que él le hable esta noche?
— Y qué voy a hacer yo? No ves tú que no puede ser?
— Pero el señor Marqués es distinto: el señor Marqués ha sido muy bueno con ustedes.
— A mí. . .Prim!
— Maldito sea este pendón que me ha dado Dios por hija!. . .
— vociferó, entrando, la madre de La Maja. Y luego, cuadrándose delante de la muchacha, con las manos en jarra:

— Y qué se ha creído Su Majestad la Princesa del Pingajo? Que aquí tiene usté una negra cubana para que la rasque y la abanique, mientras usté está echada a la bartola?
— Cualquiera diría que la ha picado a usté una culebra.
— ¡Lagarto!!! ¡Lagarto!!!
Era este un medio que La Maja tenía para cortar las explosiones de su biliosa madre.
— Oye tú— dijo la vieja, calmada— dónde están los mantones y los trajes verdes?
— Pues, no los hice un lío y los puse ahí y usted los dejó olvidados?
— Es que con este maldito viaje tengo una cabeza que yo misma no entiendo.
— Y usted misma no lo ha combinado?
— Hasta para el Perú me hubiera ido yo con tal de perder de vista a ese golfo de la guantería
— Pues, ya ve usté, señá Rafela: a ese, sabe uste?, a ése es al que quiere la niña. . .— dijo la florista maliciosamente.
— Pues que se enjuague, porque desde Buenos Aires no se distinguen los terrados de Barcelona.

— Y ya usté ve lo que son las cosas: el que más sufre por todo esto es el pobre señor Marqués.
— Y tan bueno que es con nosotras, y esta mala sangre, mal agradecida!

— Ahí está jipiando por despedirse de ella, y ella dice que nopis.

— Cómo que dice que no? Habráse visto bribona!. ..Conque

moñitos con el señor Marqués?

— Y qué quiere usted que haga, pues?
— Qué quiero que hagas, no es verdad? Pues ahora lo vas a ver. Por un casual que yo me tengo que ir al vapor ahora mismo a llevar con tu padre todos esos chismes y los que faltan, y no sabía a qué persona recomendarte para que te llevara.

— Pues lo que es con el Marqués, no voy.
— Que no vas tú con el señor Marqués?
— No.
— Pero, so desastrada, quién eres tú para que te dé vergüenza irte a embarcar acompañada de un señor Marqués?

La Maja se había quedado silenciosa y pensativa. Sus grandes ojos negros habían vuelto a nublarse y se mordía los labios nerviosamente. Hubo un largo silencio, interrumpido únicamente por el ir y venir de la señora Rafaela, que recogía todas esas cosillas que no nos sirven para nada, pero que es lo primero que guardamos en los viajes.

— Están en el lío los mantones y los trajes?
— Sí.
— Y las prendas están aquí en el cofre?
— Sí.
— Todas?.
— Todas;

— Sólo queda aquí ese traje conque vas a trabajar ahora?
— Sí
— Y cómo lo vas a llevar?
— En la maleta, ya la trajeron.
— Bueno, conque ¡refréscate! , y ya sabes que ahora le voy a decir al señor Marqués que venga para que te acompañe al vapor.
— Haga usted lo que quiera, señora.

El escenario del aristocrático Café Concert estaba aquella noche adornado como en los días de grandes acontecimientos . Las butacas y los corredores se veían llenos de gente alegre que traía en continuo ir y venir a los camareros, y en los discretos palcos las blancas pecheras de los hombres del gran mundo alternaban con las fabulosas plumas de los sombreros de las cocotas más en boga. Y era que La Maja había atraído sobre sí la curiosidad general por el ruido de sus conquistas inconscientes, curiosidad que se trocaba en

simpatía cuando de todas las bocas no salían sino alabanzas para la bondad y para la prodigalidad de aquella hermosa bailarina mimada por la fortuna.

Y por fin una mano misteriosa asomó una tablilla donde estaba escrito el nombre de la estrella y La Maja apareció, entre una estruendosa ovación, puesta una montera y ceñido un rico capote de paseo al cuerpo gallardísimo, que se contoneaba a los alegres acordes de un enloquecedor paso - doble torero. Y era de ver cómo en cada gesto, en cada orgullosa actitud, cantaba el ritmo de aquella carne joven toda la alegría, toda la música y toda la voluptuosidad trasmitidas por el alma gitana, soñadora y apasionada de muchas generaciones, por el alma melancólicamente enferma de una raza galante, cargada de recuerdos y esperanzas.

Después cantó, cantó llorando uno de esos aires flamencos llenos de lágrimas que son como la despedida de un alma que se está muriendo, y que se hubiera dicho escrito para aquella linda muchacha que parecía mordida por quién sabe qué maldita pena, por quién sabe qué bendito amor que ahora se le desbordaba por el cuerpo y se le salía a flor de boca.

La ovación fue frenética. Las flores cubrieron el escenario y las palomas cruzaron el salón en todas direcciones, azoradas por la algarabía y la luz, y La Maja, llenos de los radiantes ojos de lágrimas de agradecimiento y de emoción, se perdió por última vez, con un gracioso mohín, por entre los cortinones de la escena.

— Señorita, señorita, por Dios, no llore usté; ya ve usté como la queremos, ya ve como todos lloramos.

— Lloro de alegria, lloro. . .¡ no sé por qué lloro!. . . pero siento una cosa que me sale tan de adentro. . .que ¡yo no sé qué me pasa!

— Es el corazón que le está diciendo que no se marche usté, señorita.

— Puede ser que así sea. . .
— Se puede?
— El señor Marqués — dijo sonriendo la florista.

— ¡ Caramba, qué imprudencia!
La Maja se levantó del canapé, se alisó los cabellos, se enjugó los ojos y le dijo a la florista.

— Que pase.

— Rosario: perdóneme usted, pero ya ve, ya ve como aquí todos la queremos. . .Pero, llora usted?

— Sí, lloraba de agradecimiento. . .de emoción. . ¡ Son tan buenos todos!. . .

— Y así nos abandona usted?. . .

— Mi madre lo ha querido.

— Pero es que usted no desea marcharse, Rosario?

— Ya es indispensable.

— No, no, todavía no es tarde. . . No se vaya usted, Rosario, no se marcha usted, yo se lo suplico.

— Y qué haría yo aquí, señor Marqués?

— Que haría usted? Yo le ofrezco todo lo que tengo, todo lo que soy; pero no se mache usted, Rosario.

— No puede ser, señor Marqués, no puede ser.

— Le ofrezco un Palacio, Rosario.

— ¡Un palacio!. . .Y qué iba yo a hacer dentro de un palacio si me hacía falta lo principal?

— Tiene usted razón. . .Se me había olvidado que ya antes me había dicho usted que no me podía amar. . . pero es usted cruel conmigo.

— Y puede usted creer que me duele mucho y que si en mi mano estuviera darle la felicidad, se la daría; pero hay cosas que yo no puedo hacer.

— Bendita sea usted y Dios que la hizo tan buena.

Los cuarenta y cinco años del Marqués se quedaron absortos ante la resistencia de aquella virtud que él, hombre pervertido y crapuloso, no podía entender. Después, resignado y variando de tono, dijo:

— Como usted no se ha cambiado de ropa todavía, la esperaré fuera, en el foyer.

— Que me va a esperar, dice usted?

— Si. .. Su madre me dijo que la acompañara a usted al vapor.

— Mi madre hace muchas tonterías que no debía hacer. Ya le

dije que no lo molestara a usted.

— Pero si eso para mí es un placer, Rosario.
— Sin embargo, no quiero molestarlo. . . Yo me iré con la florista.

— De ningún modo: yo la acompañaré a usted.

— Vamos, señor Marqués: no se empeñe usted en que a última hora se borren todos los buenos recuerdos suyos que llevo.

— Como usted quiera, Rosario. . .Perdóneme y. . .
— Nada, hombre, si está usted perdonado.
— Pues, adiós, buen viaje y que se acuerde usted de los amigos.
— No lo olvidaré nunca, Marqués.
— Gracias. . . ¡Adiós, Rosario!. .
— Adiós, señor Marqués.

La Maja con un movimiento rápido tiró de los broches del traje, que cayó al suelo.

— Oye tú: méteme eso en la maleta, pronto, junto con la montera y el capote.

Y mientras la florista cumplía lo ordenado, La Maja se vistió un sencillo traje imperio azul obscuro y se cubrió la cabeza con un sombrero de Panamá que apuntó con una gran aguja rematada por un rosetón de oro de Toledo. Luego tomó el portamonedas y lo abrió.

— Toma— le dijo a la florista dándole un billete de cincuenta pesetas — para que le hagas un traje a la Nena.

— Mil gracias, señorita, mil gracias y que Dios se lo pague.

— No, si me lo vas a pagar tú misma: vete abajo y dile a Pepe que me espere en un coche en la puerta de atrás para que me acompañe al vapor.

— Corriendo, señorita, corriendo.
Y La Maja tomó la maleta y salió por la puerta que conducía a la escalera de salida posterior del Café. Poco tardó en esperar allí porque un coche se detuvo y de él se bajaron Pepe y la florista. . .

— ¡Rosario!. . .
— ¡Pepe!. . .

— Creí que no te iba a ver más. . .
— Cómo que no me quieres!. . .
— ¡Alma mía!

Subieron a la berlina, dijeron "adiós" a la florista y el coche comenzó a andar.

— ¡Adiós, señorita!. . .¡Que escriba usted de la Argentina!

— Ya sabrás de mi pronto. . . ¡Adiós!

Y cuando el coche volvió la esquina, La Maja sacó la cabeza fuera de la portezuela y dijo al auriga:

— A Niza, entiendes?, el restaurante del Astillero.

— Sí, señorita.

Y el caballo partió al trote largo.

Desde la alta terraza del restaurante, el mar se perdía en el horizonte como una bruñida lámina de acero. Ni una bocanada de humo, ni un mástil, ni una vela ponían en la serenidad del horizonte la inquietud de una silueta.

La bailarina y el dependiente de la guantería aparecieron en la terraza, sola en aquellos momentos, y se sentaron frente a una mesa, cerca de la baranda, sobre el mar. Un camarero vino a atenderlos.

— Va usted de viaje, señorita? — interrogó al ver a La Maja con la maleta donde llevaba el traje, la montera y el capote.

— Así parece, Luis.

— Qué vamos a comer, Rosario? — preguntó Pepe.

— Oiga usted, Luis tráiganos langostinos, ensalada y una botella de champán Cordón Rouge.

Los ojos de Pepe se inquietaron ante la perspectiva de la cuenta que pudiera arrojar al final aquella cena algo impertinente para un modesto empleado de comercio como él; pero Rosario lo calmó:

— Hoy es un día trascendental en la historia de nuestras vidas y

hubieras quedado jugando con mis manos toda la vida.

Y las cabezas de los dos jóvenes se fueron acercando hasta confundirse en un beso silencioso y castísimo, mientras en el silencio de la madrugada se oyó nuevamente el pitar del trasatlántico.

— Oye: el vapor que llama!
— ¡ Déjalo que llame!. . ¡ Ya volverá a llamar!. . .

El camarero apareció con las viandas pedidas y con la botella de champaña. La Maja tomó una de las dos copas que trajo el camarero y la arrojó lejos, sobre la terraza.

— Es para que nos dé buena suerte. . . Nosotros tenemos suficiente con una sola copa.

—¡El vapor se ha marchado!. ..— clamó Pepe, poniéndose en pié, lívido.

En efecto, el trasatlántico apareció tras el rompe olas, sobre la noche azul, como un altar en marcha.

— Pues toma, por eso — dijo la bailarina llenándole la copa.
— Qué has hecho, Rosario?
— Quedarme — respondió ella riendo.
— Pero eso es una locura.
— Una locura? — inquirió ella con los ojos arrasados en lágrimas. — Hasta tú me recriminas el que te quiera más que a mi madre! . . .
—Y terminó en un sollozo:— Si no me querías, has debido ser franco, Pepe.

Pepe tomó entre sus manos la hermosísima cabeza de la muchacha y le secó las lágrimas con besos.

— Si te quiero hasta morir, tontina — le dijo— pero es que ni tú ni yo tenemos derecho a comprometer tu porvenir.

— Mi porvenir? Mi porvenir está aquí dentro, hombre. — Y La Maja le dio con la punta del pié a la maleta que contenía el traje, la montera y el capote, mientras una gran sonrisa de triunfo le iluminaba el rostro húmedo de llanto.

— Y qué vamos a hacer ahora?
— Por lo pronto, comer, para ver al vapor ese perderse de vista. . .
— Pero. . .y después?. . .
— Después. . .Lo que tú quieras. . . Tú verás a dónde me llevas.

NOTA BIBLIOGRAFICA:— *La Maja* aparece por primera vez en la revista Nuevos Ritos, Año VII, número 148, correspondiente al 31 de Diciembre de 1914, páginas sin número. La dirigía el mismo Miró y se editaba en la Imprenta del Diario de Panamá.

EL JESUS MALO

El motor del bote se desataba en ecos que se desvanecían misteriosamente por rutas invisibles, a través de la espesa vegetación de las riberas vírgenes del río. De rato en rato, alguna garza asustadiza ponía su fugitiva blancura como una nota de luz sobre el lila sombrío del paisaje crepuscular. Ni una choza, ni un ladrido lejano, ni una columna de humo que dijera de vida sobre las márgenes lujuriosamente verdes. De pronto, en una revuelta del río, Roberto divisó una piragua que remontaba las aguas, procediéndole al borde de la ribera opuesta. El bote subía rápidamente entre encajes de espumas que le lamían los costados, y pronto Roberto pasó frente a la piragua. La tripulaban un hombre y dos mujeres, y ante la velocidad del bote automóvil, parecía bajar arrastrada por la corriente. Roberto tuvo lástima y cruzó el río hasta quedar al habla con ellas. Eran un matrimonio y una hija.

—Buenas tardes, amigo—, saludó Roberto.
—Buenas tardes, señor—, respondió el campesino.
—Van ustedes muy lejos?
—A Río de Jesús, a la fiesta.
—Yo también voy para allá. Quieren ustedes venir conmigo?

Hubo un largo silencio durante el cual los campesinos se miraron unos a otros, sin hallar respuesta. El respeto al señor y el miedo hacia esa embarcación que se movía sin velas y sin remos los contuvo, pero Roberto insistió:

—Vengan conmigo y sin ninguna pena. La piragua la amarraremos atrás y ya verán como dentro de una hora estaremos en el puerto.

—Pero ese es mucho trabajo. . .— insinuó tímidamente el hombre.

—No crea usted, no crea. Al contrario, me harán un favor acompañándome—. Y Roberto atracó el bote al lado de la piragua.

El trasbordo se hizo con rapidez ya que la familia no portaba como equipaje más que un lío atado a la punta de una rama seca. La piragua fue amarrada a la popa del bote y el motor funcionó de nuevo, con gran extrañeza de los nuevos pasajeros.

Instalados todos, Roberto echó una mirada de curiosidad sobre sus improvisados amigos y quedó encantado, porque mientras el hombre era uno de aquellos campesinos que en el corazón de nuestras montañas han conservado intacto, a despecho de los años, el puro tipo de los conquistadores, y su mujer era una chola como cualquiera de las nativas de nuestros campos, la hija era un preciosísimo ejemplar de esas mujeres andaluzas que nos deslumbran y nos cautivan desde las rejas de sus viviendas cuando pasamos por las calles de Granada, de Málaga o de Sevilla. Morena ligeramente, con unos ojos grandes, serenos, tropicalmente soñadores y defendidos por unas largas pestañas negras, imposible de haber sido adivinada bajo las alas de su ancho sombrero campesino que había dejado a sus pies para arreglar y sacudir su larga cabellera negra. Y al erguirse y echar la cabeza hacia atrás, había mostrado un busto firme, mórbido y una cintura elástica, como torneado todo frente a la dura piedra de moler maíz, en los largos y aburridores días de la montaña. . .

—La señorita es hija de ustedes?—, preguntó Roberto respetuosamente.

—Sí, señor.

—Pues lo felicito, porque tiene usted una hija muy bonita.

—Es un favor que usted le hace, señor, —musitó el hombre, mientras la muchacha se encendió en granas de rubor.

—De qué pueblo son ustedes?

—Del Guarumal de la Montaña.

—Y bajan con frecuencia a Río de Jesús?

—Sí: yo bajo todos los años, para la fiesta; pero Rosalía viene al pueblo por primera vez.

—Vamos a beber un trago a la salud de Rosalía. — Y Roberto sacó de una pequeña alacena dos vasos y una botella de whiski.

El campesino se sirvió con su propia mano un trago que compartió con su esposa.

—Rosalía no bebe? —inquirió Roberto sonriendo.

—Todavía no —respondió ella, roja de vergüenza.

—Entonces, qué te regalo a tí?

—A mi. . .Nada —Y al pronunciar esta palabra Rosalía fijó sus grandes ojos en un hermoso pañuelo de seda roja que Roberto llevaba

atado a la garganta.

—Te gustaría este pañuelo como recuerdo de nuestra amistad?

Roberto lo desató de su cuello y lo puso en las manos de la hermosa muchacha diciéndole:

—Dile a tu novio que te lo regaló un amigo de tu papá.

—Yo no tengo novio —rectificó ella azorada.

—Que no tienes novio tú, siendo tan linda?

—No tengo novio. . .Nunca he tenido novio. . .No le gusto a nadie.

Roberto sonrió maliciosamente y dirigió al descuido una mirada sobre los padres de la muchacha. El campesino parecía dormir, ligeramente reclinado sobre la borda del bote, y la chola se mantenía impertérrita, hierática, con esa actitud única de la gente del campo cuando se halla en sociedad de personas que juzga de una clase superior, y Roberto, entonces, acercándose a Rosalía, con mimo, con dulzura, muy suavemente, le preguntó:

—Y si yo quisiera ser tu novio?

—Usted?

—Sí, yo . . . No me aceptarías?. . .

—Yo no sé. . .Usted sabe. . .

A lo lejos, sobre la margen izquierda del río, aparecieron unas cuantas casas de paja: era el puerto.

Envuelto entre la plata de aquella maravillosa noche de luna en que las estrellas parecían haber padecido de anemia, Roberto avanzaba por la carretera al paso femeninamente voluptuoso de su caballo del Rimac. Entre las bocanadas de humo de aromático tabaco palmeño, veía el rostro radiante de Rosalía cuando al separarse, en la tarde, había venido hacia él toda turbada y ruborosa y le había dicho:

—Este mango se lo manda mama, éste papa y éste otro — un mango pequeñín, sonrosado como una manzana y fresco y perfumado como una rosa en el amanecer— este otro, se lo regalo yo.

—Gracias, Rosalía— había dicho Roberto, mientras le oprimía una mano fría de emoción. Y había agregado:

—Te veré esta noche, Rosalía?

—Si usted quiere. . .

—Y qué me prometes?

—No sé. . .Lo que usted quiera. . .

Y lo nuevo de aquella rústica ingenuidad encantadora impresionó al joven ingeniero, acostumbrado a tratar a mujeres de mundo, artistas y bailarinas, profesoras de engaño y de coquetería.

Poco a poco se fue haciendo perceptible la voz de los tambores que llamaban al baile, y al fin, tras una revuelta del camino, Roberto divisó las primeras luces del pueblo. Azuzó la cabalgadura y un momento después echaba pie a tierra ante el portal de la casa donde se hospedaba.

—Buenas noches, don Goyo. Dónde está la gente de la casa?
—Bien, don Roberto, buena hora de venir a comer, eh?
—Que quiere usted, abuelo: me encontré una muchacha lindísima y usted sabe que donde tropiezo con una mujer, me varo.

—Hasta que te quedes varado para siempre, como yo.
—Por eso, por eso hay que aprovechar el tiempo, don Goyo.
—Tienes razón, hijo. Yo también hice lo que pude, mientras pude.
—Y si viera usted la pollita que me encontré hoy.
—Sabes lo que te digo?. . . Que cuando uno tiene mi edad llega a la conclusión de que dentro de una relatividad inteligentemente usada, todas las mujeres valen lo mismo. Todo depende del momento de nuestra vida en que encontramos a unas y a otras. Pero mientras a tí te llega la época en que puedas apreciar esto, vente a comer, que, en resumen, es lo único que al final de todo nos queda como verdadera felicidad, cuando no echamos a perder nuestro estómago.

—Me gusta su filosofía; pero mientras hay ocasión de discutirla, vamos a comer.

—Mientras yo viví en España, nunca comí. Cené a las once o doce de la noche, generalmente bien acompañado; pero desde que me vine a América y me metí en este pueblo, aprendí a comer a las cinco de la tarde.

—En fin, me acompañará usted y hablaremos de Rosalía.

Y viejo y joven se sentaron a la mesa, el uno frente al otro.
—Es el único vicio que no he olvidado —comenzó don Goyo, sirviéndose un vaso de vino.

—No sé qué me gusta más, si el vino o las mujeres.
—Eso está bueno para tí que puedes escoger.
—Si viera usted a Rosalía. . .

—Vamos a ver: de qué campo es la muchacha?

—Del Guarumal de la Montaña.

—Del Guarumal. . .Del Guarumal. . .—repitió don Goyo, haciendo memoria.

—El padre es blanco, de ojos de color de acero y barba de Jesús de Nazareno.

—Barba de Jesús Nazareno y del Guarumal?. . .

—Sí. . .Y qué tiene eso? . . .De qué se sorprende usted?. ..

—Mira, que creo que lo mejor que puedes hacer es olvidarte de que has visto a Rosalía.

—Olvidarme de Rosalía yo. . .Qué fácilmente dice eso usted, amigo.

—Pues, peor para tí, porque eso te traerá un serio disgusto.

—No me explico por qué. . .

—Oyeme. El padre de Rosalía, ese que tú has hallado parecido al Nazareno, es el hombre más temido de estas regiones. Ha matado de mala manera a dos hombres y no ha matado más porque ellos no se han querido morir, pero él ha hecho todo lo posible por conseguirlo. Hace dos años, para la fiesta, le cortó las orejas a un individuo porque dijo que lo había oído decir no sé qué cosa:

—Para que más nunca oiga lo que no le importa— dijo. Y echó las dos orejas ensangrentadas a su perro. Conque. . . ya sabes. . .

Roberto se palpó instintivamente la oreja derecha y se quedó pensativo un rato.

—A ver? Qué resuelves?

—Esto—dijo Roberto, apurando el vaso de vino y llenándolo nuevamente hasta el borde. Y agregó:— Cuando yo tengo en la cabeza una idea, entre pecho y espalda un poco de vino y en la cintura un revólver colt con seis cápsulas calibre 44, realizo lo que quiero. Me gusta Rosalía y ella parece que gusta de mí. Si eso es verdad, ya veremos quién gana. — Y Roberto apuró nuevamente el contenido del vaso.

—Mi café, —reclamó.— Es tarde y hay que divertirse un rato.

—Así es que vas a buscar a Rosalía?

—Naturalmente.

—Entonces, si quieres oir un buen consejo, haz antes tu testamento.

—Ya veremos, don Goyo, ya veremos si es tan fiero el león. —Y poniéndose en pie, agregó sonriente:— Y ahora, a hacerme la toilet.

La taberna estaba llena de gente campesina, hombres y mujeres, que se divertían. El vaso de aguardiente corría de mano en mano y de boca en boca hasta quedar concluído y los "socabones" lanzaban al viento el melancólico gemido de sus cuerdas de tripa. De pronto, sobre la vocinglería de la gente ebria, se alzó una voz masculina para cantar una copla improvisada. Era El Jesús Malo, el padre de Rosalía, que gozaba fama de buen cantador:

Tengo un cielo, una montaña,
un caballo, un perro, un río.
Yo no sé cómo lo tuve,
sólo sé que todo es mío.

Un mocetón fornido y repugnante se cuadró delante de El Jesús Malo. Los ojos sangrientos y el rostro hinchado del sujeto denunciaban su afición a las bebidas alcohólicas. Le llamaban El Ñato y era famoso por sus fechorías en la comarca. En la tarde había tenido un pequeño roce con Jesús por Rosalía. Y el Ñato cantó:

Yo no grito ni hago bulla
ni tengo casa ni nada.
Apenas tengo una puya
muy buena y muy afilada.

El Jesús Malo clavó en el Ñato una mirada de odio, y el incidente quedó cortado por la aparición de un nuevo vaso de aguardiente que corría de boca en boca.

—Que cante Rosalía!. . .—gritó uno.
—¡Que cante, que cante!. . .— repitió el coro.

Y Rosalía se levantó del sitio que ocupaba, con los ojos un poco brillantes, aunque tristes, y las mejillas y los labios encendidos. Su padre se cuadró frente a ella y registró la vihuela para dar el tono a la muchacha. Y Rosalía, con una voz dulcísima y tierna, con una voz de paloma torcaza, llena de melancolía montañesa, cantó:

Queréis que cante y responde
[illegible] voz un lamento

—¡Viva el blanco decente!. . .

Y luego, como pudiera hacerlo un gallo que triunfa sobre su contendor, gritó:

Me quito ante usted el sombrero
y hasta doblego la frente,
porque es usté caballero
y simpático y valiente.

Y continuó:

—Vamos a beber ahora un trago con Rosalía, porque quiero corresponder a usted lo que hoy hizo conmigo. Y sepa usted que al que lo mire a usted mal, le corto una oreja, porque yo soy agradecido!—. Y golpeando fuertemente de plano sobre el mostrador, ordenó con imperio:

—Aguardiente!. . .

—Lo que yo hice hoy no vale la pena —dijo Roberto, por decir algo, mientras sonreía nerviosamente.

—Que no vale nada? Usted no sabe que a mí nadie me puede ver? Usted es la única persona que me ha hecho un favor hace muchos años; pero yo también me saco el clavo con el que me quede a mano. A ese perro cobarde que le acabo de dar un planazo, le presto la mano hasta mañana. . .Porque vea, don Roberto, la única cosa que yo quiero en el mundo es Rosalía, y al que le pone la mano encima, se la corto.

Roberto palideció ligeramente, mientras El Jesús Malo se volvió:

—Rosalía, venga usted acá.

Trémula de emoción y encendida de vergüenza, la linda muchacha llegó hasta el lado de su padre, sin levantar los ojos.

—Ya lo ves, Rosalía: ahí está él, ahí está. . .Salúdalo. . .

Rosalía murmuró algunas palabras imperceptibles, sin levantar los ojos:

-Está usted triste, Rosalía? - inquirio Roberto.

—Triste?. . . Si, triste— replicó El Malo; y luego, cambiando de tono, continuó:

-Vea, blanco, voy a ser franco con usted: esa muchacha no ha sido triste nunca; pero desde que lo vió a usted, no hace más que estar pensando y suspirando y. . . hasta llorando, blanco. ¡Qué diablos! Yo no he criado a mi hija para estos perros, pero. . .usted es hombre decente y yo lo quiero.

Hubo un breve momento de meditación y El Malo continuó:

—Vea, don Roberto, oiga lo que le digo: llévese a la muchacha, pero me la devuelve mañana temprano, porque la necesito para que me muela el máiz.

NOTA BIBLIOGRAFICA:— *El Jesús Malo* fue publicado por primera vez en la Revista *Nuevos Ritos,* Año VII, número 148, correspondiente al 1 de Febrero de 1915.

EL GRAN PESO

Los recuerdos más risueños de mi niñez están enredados en torno de la inolvidable figura de Pepe, el dulcero español, quien me llamaba cariñosamente Candelilla, sin que yo hubiera podido nunca explicarme la razón de aquel apodo. Con su bandeja colocada horizontalmente sobre el vientre y sujeta al cogote con una correa de cuero, con su corneta en una mano, su plumero espantamoscas en la otra y su birrete blanco, echado hacia atrás, tenía cierto aire marcial de Napoleón de pastelería, muy del agrado infantil. Y aquella tesa arrogancia, obligada por la bandeja, y cierta naciente obesidad, habíanle conquistado el apodo de Barriga, que se convirtió en indispensable aditamento de su nombre. Y Pepe Barriga era el hombre más popular de la ciudad por aquellos lejanos y felices tiempos del caramelo y la cometa.

De medio día abajo, la familiar corneta de Pepe Barriga atronaba las calles de la población entre el ruidoso saludo de su infantil clientela que asomaba en jubilosa recepción a ventanas, balcones y zaguanes en demanda de la siempre bien presentada y sabrosa golosina. Pepe Barriga tenía para todos una palabra de cariño o una caricia paternal; y cuando notaba que algún diario cliente se quedaba mohino, a la zaga, mirándolo con ojos tristes desde la acera, Pepe, que adivinaba la momentánea quiebra de su favorecedor, lo llamaba, lo mimaba, lo obsequiaba con un dulce, que apuntaba al capítulo de ganancias y pérdidas. Y de ahí, que como la niñez es agradecida por instinto, aunque muchos quisiesen hacerle competencia, nadie pudo reinar como Pepe en el corazón de su larga clientela. Y Pepe Barriga comenzó a prosperar.

Un día la corneta de Pepe sonó más alegremente que nunca y la bandeja de dulces vino mejor surtida y adornada con banderas: Pepe se despedía; en adelante no ambularía por las calles, sino que ofrecería sus servicios en la pastelería que iba a abrir en un lugar céntrico de la ciudad. Y para despedirse como correspondía a un dulcero de su fuste, esa tarde los dulces eran gratis. Y aquél día fue

memorable para nosotros, porque la bulliciosa clientela infantil fue sumando cola detrás de Pepe hasta dejarlo en su nueva casa, como un tributo de cariño al simpático amigo.

Con humilde moblaje de confección nacional, Pepe abrió su pastelería en una pieza de una sola lumbre. Además de los acreditados dulces, vendía ahora salchichón de Vich y vinos españoles, entre los cuales pronto se hizo popular un amontillado que era vino de gloria si se rociaba sobre los leves y esponjosos bizcochos, especialidad de la casa.

Y a la infantil clientela que antes de llegar al colegio hacía obligada escala en la pastelería, se había agregado ahora otro grupo grave, obeso y parsimonioso, formado por hombres de la industria, del comercio y de la política, que, al caer de la tarde y en la noche, se congregaba allí a comentar los sucesos del día, mientras entre bizcocho y bizcocho y chiste y chiste, las botellas de amontillado se sucedían con gran satisfacción de Pepe, a quien los buenos señorones daban, de cuando en cuando, vela en el entierro.

El negocio marchaba tan bien que a poco de abierta la pastelería hubo necesidad de ensancharla y de buscar sirvientes, y ya Pepe pudo dedicarse con más frecuencia a atender a su distinguida clientela y hasta a departir con ella cuando se lo permitían sus quehaceres. Y un día uno de sus amigos propuso a Pepe un negocio. Cada uno de los dos aportaría un capital de dos mil pesos que se invertirían en la compra de nóminas y de cuentas contra el Tesoro Nacional, a un módico interés de setenta y cinco o setenta por ciento de descuento. Pepe compraría los documentos y su amigo, el señorón, los haría pagar. Luego, todos los días, se repartirían el producto.

Así fue. Y cuatro años después don Pepe Baldó y Martorell se despedía a sus amigos para efectuar un viaje de recreo y descanso por tierras de su Patria. Llevaba en la cartera letras contra el "Credit Lyonais" por valor de ciento cincuenta mil dólares.

Un día la loca fortuna me llevó a tierras españolas con un cargo diplomático, y una brumosa mañana de Diciembre me encontré instalado en un Hotel de Barcelona. Tras asearme y cambiarme de ropa salí con la impaciencia propia de quien hace mucho tiempo no sabe de la Patria ni habla con un compatriota sobre cosas del terruño, y me fuí en busca de mi Cónsul.

Pasadas las naturales exclamaciones de sorpresa y alegría y con la ingenuidad de un americano recién llegado a Europa, le pregunté:

—Dime, chico: qué es de Pepe Barriga?

—Mira: si quieres que el Gobierno español no pida su retiro por impertinente, antipático y non grato, no repitas ese nombre más nunca. Pepe Barriga se llama don José Baldó y Martorell, es millonario y vive en un palacio en la Rambla de Cataluña.

—Mejor. . .Voy a verlo.

—Y si no te recibe?

—No me importa; pero voy a verlo porque tendría un grandísimo placer en charlar con él.

—Bien, mucho cuidado.

—Veremos. . .—Y salí, camino del palacio de José Baldó y Martorell.

Cuando el coche se detuvo frente a la casa, comprendí que el Cónsul no había exagerado, porque aquello era un palacio auténtico: la gran fuente de mármol del atrio, el bellísimo Antineo de bronce que servía de candelabro al comienzo de la escalera, las cariátides que sustentaban el arco de entrada, todo decía allí de riqueza y de lujo. El portero se adelantó a mí, gorra en mano:

—En qué puedo servir al señorito?

—Está en casa don José Baldó y Martorell?

—Sí, señorito: piso principal.

Y mientras subía yo la escalera, el Portero anunció mi llegada por medio de un timbre, y un nuevo criado salió a recibirme:

—En qué puedo servir al señorito?

—Deseo ver a don Pepe.

El criado mostró un poco de extrañeza y rectificó, respetuosamente:

—Usted dirá a don José Baldó y Martorell?. . .

—Precisamente: a don José Baldó y Martorell.

—El señor está en este momento ocupado con el barbero.

Vacilé un momento, recordando lo que me había dicho mi compatriota; pero ya estaba allí y, después de todo, no podía ser que dada nuestra amistad, Pepe hubiera cambiado al punto de no recibirme, de cerrar las puertas a su amigo Candelilla.

—Hágame usted el favor de llevarle mi tarjeta, —pedí gravemente.

El criado tomó la tarjeta, hizo una reverencia y se fue. Unos segundos después, la gran puerta del salón crujió y el criado, con una

exagerada reverencia acompañada de una significativa sonrisa familiar, me invitó a que lo siguiera. Don Pepe, en chaleco, se había adelantado hasta la puerta del tocador, con los brazos abiertos.

—¡Chiquillo!. . .Pero, ¡qué barbaridad!. . .¡ Si eres un coloso, chiquillo!. . .— Y me oprimió paternalmente entre sus brazos.

—Pero usted está muy remozado y muy elegante y muy bien de salud, Don Pepe.

—Ya ves, chiquillo, la vida, la vida. . . Y tú, todo un señor diplomático. . . Vamos, vamos. . .que hay que convenir que la vida es buena.

—Sí que lo es —, afirmé yo, mientras admiraba la riqueza y el gusto que había en todo lo que rodeaba a don Pepe.

—Pues casi no me encuentras y me hubiera apenado mucho. Figúrate que ayer me han hecho Presidente de la Asociación de Exportadores de España y necesitan mi clisé para la Revista de la sociedad. Y me voy a retratar; pero te vendrás conmigo y daremos un paseo en coche.

Yo observaba atentamente a don Pepe. En mi tierra hubiera sido poco fácil encontrar quien reconociera a Pepe, al primer golpe de vista, en aquel caballero pulcramente vestido con los bigotes enhiestos por el uso del kaiserizador y con aquel aire general de Presidente del Consejo de Ministros, que emanaba de toda su figura prócer; pero yo, enfermo de la manía de las disecciones, quitaba a Pepe la levita, el chaleco y los bigotes y volvía a encontrarme, como diez años atrás, frente a frente de Pepe Barriga, mi inolvidable y generoso amigo, con su bandeja delante, su plumero en una mano y la corneta de cartón en la otra. Porque don Pepe había conservado aquel aire marcial que necesariamente se derivaba de la correa que, pasando por el cogote, sujetaba la bandeja afirmada horizontalmente sobre su barriga. Y de estos recuerdos me sacó un golpecito de don Pepe, invitándome a seguirlo.

Al llegar a la calle, el coche de don Pepe nos esperaba. Era una linda berlina, tirada por un hermoso tronco de piafantes caballos negros. El lacayo, de levita azul, pantalón de franela y botas vueltas de charol, nos esperaba y, después de tomar la dirección, cerró la portezuela y subió al pescante. El látigo restalló y los caballos arrancaron estrepitosamente, entre la curiosidad de los transeúntes, que se detenían para vernos pasar.

El fotógrafo corría solícito del enfocador hacia don Pepe, con aquella amabilidad casi servil del hombre que vive luchando a brazo partido con la competencia y se encuentra de pronto con que la fortuna le depara un cliente de dinero y de alta posición. Y arreglaba con amor los pliegues de la levita, temeroso de no agradar e imprimía a la marcial apostura de su distinguido parroquiano cierta dejadez que eliminara aquel estiramiento un tanto militar y retador, y hacía, en fin, todo lo humanamente posible por dejar satisfecho a Su Excelencia, como él decía; pero era inútil: tan pronto como el fotógrafo tornaba al enfocador y se cubría la cabeza para sorprender bajo el paño cualquier imperfección de detalle o de luz, don Pepe se echaba insensiblemente hacia atrás y presentaba el abdomen, aquel conocidísimo abdomen que le había valido, años atrás, el apodo de Pepe Barriga.

El fotógrafo repitió:

—Su Excelencia me perdonará, pero. . .no eche hacia atrás la espalda. . .Así, así, recto. . .Eso es. . .Permítame. . .

Y el buen hombre corría al enfocador, y don Pepe, sin darse cuenta de lo que hacía, se echaba nuevamente hacia atrás, como en sus buenos tiempos. . .

El fotógrafo estaba nervioso y gruesas gotas de sudor le llenaban la frente. Suavizó por última vez la postura de don Pepe, arregló de nuevo los pliegues de la levita y se fue al buscador, y don Pepe volvió a echarse hacia atrás. Entonces, el pobre, para ser gráfico, advirtió, suplicante:

—Si Su Excelencia se echa hacia atrás, parecerá que lleva una bandeja delante!. . .

Yo, a dos metros de don Pepe, debí enrojecer, porque la cara me ardió; y don Pepe, entre una estruendosa carcajada de hombre que se divierte, me dijo:

—Qué opinas, Candelilla?. . . ¡Terrible ojo clínico, eh!. . .

NOTA BIBLIOGRAFICA. —*El Gran Peso* fue publicado por primera vez en la revista *Estudios*, número 1, correspondiente a Julio- Agosto de 1922.

LA PALOMA QUE VOLO

Aquella noche estaba yo contento. Tenía salud, tenía dinero y tenía luna. Y les digo que "tenía luna" porque yo no salgo a la calle sino de noche y no ando precisamente por el Parque Catedral ni por la Avenida Central, y la luna me resulta un elemento de primera necesidad para evitar romperme parte de la personalidad contra alguna cosa o alguna persona. . . Porque como no veo, a lo mejor, agarro a un Policía creyendo que es una señorita.

Además —y este era el verdadero motivo de mi alegría— ella, mi novia, como decimos los españoles, me había ofrecido para esa noche " cambiarme" el primer beso. . .

¡Y qué novia, compadre, qué novia!. . .Con una boquita fresca y roja, de esas que cuando quieren, al hablar acarician y al reír cantan; con unos ojos castaños de esos que no se ven todos los domingos y que nos están confesando lo que su dueña nos quiere ocultar; con un busto número uno, y unas caderas cero-cero, y unas pantorrillas sin número, y unos pies 33 de esos que tienen flaco al señor Homero Ayala. . . ¡Conque si había yo de estar contento!. . .

Y como el tiempo parecía haberse detenido y yo estaba impaciente, me metí en el "Puerto de Oro" de Carmelo Guaragna a beber algo y pagarle mi cuenta, porque yo estaba dispuesto a gastar hasta donde alcanzara la peseta.

—Qué pasa? — interrógome Carmelo al verme entrar.—

Están ustedes muy alegres esta noche.

—Una hecatombe, Carmelo, una hecatombe!
—E dónde es la "catacombe"?. . .A la Plaza de Toros?
—Después te digo. Por lo pronto, dáme un trago.
—E que quieres, señor Domingo?
—Dame Agua de Colonia.

—Estás loco, don Domingo?. . .Tú crees que es la botica?

—Sí, hombres: estoy loco y no quiero oler a cantina. . . Dame un Jerez. —Y busqué un rincón del café para que no me molestaran.

A poco tornó Carmelo con lo pedido y tomó asiento frente a mí.

—Y qué hay de nuevo? Buen negocio, verdad?. . .—interrogué.

—Buen negocio?. . . ¡Por la Madona!. . .Sube el impuesto, baja el sueldo e botan a la gente. . . La Cantina paga, ma arriba el Hotele no. Tute el cuarto esta desocupato e tres o cuatro no pagan.

Recordé que iba a pagarle y le pedí el valor de mi cuenta.
—Ma usted no importa, señor Domingo, usted no importa.
—Ya lo sé; pero ahora tengo dinero y te quiero pagar.
—Son nueve dólares nada más.
Le dí un billete de diez y se levantó para cambiar; pero de la Caja se dirigió a la Oficina, se sentó en el escritorio y comenzó a escribir. Poco después regresó y me alargó un papel.

—Esto qué es? — inquirí
—Un recibo por la plata.
—No importaba —agregué— mientras quitaba con el papel, distraídamente, la ceniza del cigarrillo. Después, como llegaba el momento solemne, me metí el recibo en el bolsillo y salí camino de la casa de mi linda y generosa amiga, cantando aquello de

"Señores: no han visto
la paloma que se fue del palomar. . ."

Al llegar a la casa de mi dulce titibúa, ella, que me conoce en el andar y que me respira en el viento, saltó a la escalera a recibirme efusivamente, mientras vi flamear el ruedo de la falda de mi presunta suegra, que hacía mutis por la puerta de la alcoba. Y en ese momento, y en nuestra soledad, casi se precipitan los acontecimientos. . .

Debo decirles que la mamá de mi paloma no gustaba —ni gusta de mí, cosa corriente. Ninguna suegra gusta de primeras a nuevas del intruso que quiere arrebatarle el fruto de sus entrañas, después de criado, salvo el caso que el "moscón" tenga lo que vulgarme se llama "mergolla". Y como yo estoy limpio de pelotilla. . .

Cuando una de esas viejas que andan sin oficio recogiendo chismes para cambiarlos de casa en casa, la informó de que Nena te-

nía amores conmigo y que nos veíamos en el " cinematógrafo", y que la gente decía unas cosas. . . doña Matea se sulfuró, esperó que llegara Nena y le echó una reprimenda; pero Nena se encogió de hombros por única respuesta. Y siguió yendo al "cinematógrafo"

La señora optó, después, por lo de siempre: decirle que yo era un vago, un borracho y. . . ¡que tenía tres mujeres!

—Quién dice eso?— gritó Nena poniéndose de pies.

—No sé. . .Por ahí. . .La gente. . .

Nena se encogió de hombros, se sentó y. . .siguió yendo al "cinematógrafo".

Y cuando la señora Matea vió que todo era inútil, un día le dijo a Nena que para andar por las calles como una cualquiera y bailando en la lengua de todo el mundo, mejor era que yo la visitara, porque ella tenía casa. . . ¡Eso sí: no quería ni verme ni hablarme! Y cuando Nena, muy apenada, me comunicó aquello, tuve que hacer esfuerzos por no demostrar mi júbilo: la vieja se eliminaba voluntariamente y nosotros quedábamos solos, solos, solos. . . Y aquella noche nos regocijamos en nuestro rinconcito del balcón, lleno de enredaderas cómplices y de flores deliciosamente instigadoras.
—Caramba, Domingo, sí que has tardado hoy —dijo oprimiéndome la mano.

—Ya ves, hija: ocupado, ocupadísimo. ¡Esos aguaceros!. . .

—Aguaceros, no?. . .Aguaceros?. . .Mira Domingo, —dijo alterando la voz:— el día en que yo sepa que tienes una mujer, ese día. . . —y los ojos de Nena, que es terriblemente celosa, relampaguearon siniestramente en la sombra.

—No seas tonta, Nenita mía. Yo te quiero a ti solita, a mi gatita bonita. —mientras le oprimía la pequeña mano perfumada. Y agregué: — Bueno, y lo prometido?. . .

—No, ya no: has venido tarde y eso quiere decir que no te importa. . .

—No me mortifiques, Nena, no me mortifiques. . .Ve: ponme la mano en el corazón para que veas el daño que me has hecho. —Mi corazón, en efecto, palpitaba aceleradamente, porque Nena tenía unos ojos tan lánguidos, tan prometedores, tan. . .

—Bueno, espérate. —Y me dijo ese "espérate" de un modo que delataba bien claramente que ella no quería esperar más tampoco, y le tomé una mano y se la acaricié blandamente, sin saber qué decir en aquel momento de suprema felicidad. Y ella, maquinalmente, inconscientemente, se fue acercando y me ofreció la frente, los ojos y los labios, mientras se llenaba toda en un hondo suspiro.

Retiró lentamente la hermosa cabeza e inquirió:
—Ahora estás satisfecho ya?. . .
—Si y no. . .
—Cómo si y no?
—Claro, porque. . .uno nada más?
—Y qué te has figurado tú, que de una vez?. . .

Y como soy muy tímido en estos trances, para ocultar mi turbación saqué un cigarrillo y al sacarlo extraje también la figurita que viene dentro de la cajetilla. Era nuestra catedral.

—Qué es eso?. . .— dijo ella, curiosa. — Muéstramela.
—Ni por nada en el mundo. Si usted quiere, señorita Nena, se la cambio por un beso.
—Y usted cree que yo cambio besos por figuritas?
—Muéstramela, hombre; no seas malo —dijo mimosamente.
— Dando y dando.
—Bueno; tengamos la figurita los dos y dando y dando.

Y yo extendí la mano y ella me ofreció la boca, y fue un beso largo porque Nena se olvidó de la figurita y yo también. . .

—Bueno. . .Ahora si estás contento?
—No, porque he tenido que darte una Catedral para que me dieras un beso. Y nada menos que de la Epoca Colonial.

—Y no tienes más figuritas?
—Sí; pero si tú tienes más besos.
— ¡Malo!
— ¡Corazón!

Y comenzó el canje, a beso por figurita, hasta que se me acabaron. Y conste que siempre tengo los bolsillos llenos de figuritas. Y cuando le declaré que se había acabado, no me creyó y pidió una requisa de mi bolsillo. Se me acercó, se echó deliciosamente sobre mí, llenándome del tibio perfume de su cuerpo juvenil, introdujo la mano en mi bolsillo y extrajo un papel. Lo vio, lo examinó, se puso en pies y se dirigió a la luz. De pronto abrió los ojos iracundos,

alzó los brazos y dió un grito.

—¡Bandido!. . . ¡Sinvergüenza!. . . ¡Infame, infame, infame!. . .

—Qué pasa, hija mía?. . .—saltó la vieja— Qué pasa?. . .
—¡Ay, mamacita, ay!. . .¡Este bandido me engañaba, me engañaba!. . . ¡Y tiene una mujer!. . .

—¡Pero, oye, Nena, Nena mía!. . .
—¡Márchate, bandido, perro —gritó la vieja, que apareció con una leña. —¡Márchate, márchate!. . .

Hice un quite a un manducazo que me tiró la vieja, cogí el terrible papel, causante de la tragedia y alcancé la escalera.

—¡ Canalla, bandido, perro!. . .
—¡Tírame mi sombrero!. . .— gritaba yo, mientras la gente llegaba al ruido. Un policía me preguntó qué pasaba.

—Suba allí: una vieja que se ha emborrachado y está medio loca —y aproveché el momento y cogí el tranvía que pasaba.

Ya lejos de todo peligro, instalado en un reservado y temblando todavía de emoción, saqué el trágico papel, para averiguar qué decía: ¡Por Cristo e por la Madona! El bueno de Carmelo Guaragna me había extendido el recibo de mi cuenta en un talón de alquiler de cuarto de su hotel y lo que mi "dulce encanto" había leído era lo siguiente:

"Recibí del señor Domingo la suma de dieciocho pesos, por el alquiler de un cuarto de mi propiedad".

Qué tal agua fiestas este Carmelo, eh?. . .¡Porque la paloma voló!. . .

NOTA BIBLIOGRAFICA:— *La Paloma que Voló,* firmado con el seudónimo de Julio de Santodomingo y fechado en julio de 1929, aparecía por primera vez en *El Mosquito,* semanario político, dirigido por el mismo Miró y editado en la Imprenta El Heraldo, Año I, número 1, correspondiente al sábado, 10 de agosto de 1929.